

## CINCUENTA AÑOS FAENANDO

El evangelio del domingo próximo nos ofrece una exquisita escena pascual. Los discípulos, dispersados tras la muerte de Jesús, se reúnen de nuevo para seguir faenando en aquello que conocen, las tareas de la pesca: “vamos también contigo”. Allí, de nuevo en la orilla del mar les saldrá al encuentro el Señor y ellos recibirán consuelo y alimento, lo que no les había ofrecido una noche de brega estéril. Pedro, de nuevo asombrado, confesará al final su humilde amor a Cristo, sin los alardes y alharacas de la noche en que terminó negándolo.

Precisamente este domingo 14 de abril hace cincuenta años que fui ordenado sacerdote. Aquel año de 1963 ese día del mes fue domingo de Pascua. Eran otros tiempos. Los del Concilio y también los últimos meses de la vida del muy querido Juan XXIII. Los estudiantes preparábamos nuestro examen de teología para la licenciatura.

Hemos bregado mucho durante todos estos años. ¿Hemos echado las redes en los caladeros que esta historia dura y apasionante, acelerada y sorprendente, nos ha venido ofreciendo? Y, sobre todo, ¿las hemos lanzado al mar “en el nombre del Señor?”. Esto es lo que hemos de examinar en este nuevo amanecer de la Iglesia, cuando parece crecer por doquier una nueva ilusión y se abren caminos vírgenes de la mano del papa Francisco.

La mirada retrospectiva nos lleva desde el optimismo sociológico de los años 60 -los del Concilio, del desarrollismo y de la primavera francesa del 68- atravesando muchas noches con sus ilusiones y desencantos, a veces con arduos trabajos que auguraban frutos espléndidos, hasta la posmodernidad de los últimos años, en los que parece que no hay pesca posible. De las multitudes de niños y jóvenes que poblaban nuestros salones parroquiales y misas de catequesis, hemos venido a celebrar sólo para ancianos. Y lo que sin duda es mucho más grave y cuestionante, afrontamos la aparente incapacidad de las mayorías para interrogarse sobre las cuestiones trascendentes. La inmediatez y el consumo, las preocupaciones de orden material llenan mentes y corazones de políticos, dirigentes y pueblo llano. El individualismo y una corrupción generalizada no son caladeros donde germine y abunde la vida.

A pesar de o quizá precisamente por ello, el Señor sale hoy, ya en los inicios del tercer milenio, a nuestro encuentro. Como siempre, aunque no lo percibamos así, nos ofrece consuelo y eficacia. ¿No habrá consistido nuestra mayor deficiencia en no haber sabido ofrecer como Jesús una imagen atrayente y liberadora de Dios? ¿No habremos sido víctimas también de un sistema religioso más que servidores de un Dios liberador? Un gran teólogo decía hace décadas que “Jesús liberó al hombre de una imagen oprimente de Dios”. ¿Nos hemos comprometido realmente con esta única misión de anunciar al Dios de la vida, triunfador del mal y de la muerte por la resurrección de Cristo y la nuestra?

Que el Señor resucitado nos conceda a nosotros, los mayores, el júbilo de envejecer con esperanza y a los más jóvenes la alegría de saberse servidores del Dios de la vida, enviados para anunciar la Buena Noticia de su Presencia.

**JOSÉ MARÍA YAGÜE CUADRADO**